

*Maneras de usar el corazón
por fuera*

de Yerandy Fleites

Premio Nacional de Dramaturgia
Virgilio Piñera 2018

No quería componer otro Quijote
-lo cual es fácil- sino “el” Quijote.
Pierre Menard, autor del Quijote.
Jorge Luis Borges

Interpretantes / Personajes / Intérpretes
(por orden de aparición)

1. Palma, puta y primera actriz
2. Sergio, el director
3. Santizo, cliente y violinista
4. Nena, puta y cantante
5. Alameda, puta y cantante
6. El Chino, dueño de la posada
7. José El Mexicano, cliente y marinero.
8. Renata la silenciosa, puta, borracha y vagabunda

1. Primer pie de música. Lágrimas negras *background* para cantar a dúo. La pista debe ligar con “Pensamiento” instrumental para el segundo pie de música.

Antes de comenzar la obra, con el público más o menos acomodado, Sergio lleva a Alameda y Santizo a la sala para que se cambien de ropa en el escenario, porque el camerino es muy pequeño y no cabe tanta gente.

Los actores se visten y conversan hasta que ya entró el público y va a comenzar la obra. Desde la cabina el operador de sonido pide que le prueben el micrófono. El operador les pide que canten algo.

Alameda a Santizo: ¿Tú te sabes *Lágrimas negras*? Santizo: Claro.

Alameda: (Al operador) Mi amor, ponme la pista Palma del disquito que te di.

Dúo *Lágrimas negras*.

Alameda y Santizo compartiendo el micrófono. La luz de la sala se apaga. Seguidor en el micrófono

Aunque tú me has echado en el abandono,
aunque tú has muerto todas mis ilusiones,
en vez de maldecirte con justo encono
y en mis sueños te colmo,
y en mis sueños te colmo
de bendiciones.

Sufro la inmensa pena de tu extravío,
siento el dolor profundo de tu partida
y lloro sin que sepas que el llanto mío
tiene lágrimas negras,
tiene lágrimas negras
como mi vida.

Que tú me quieres dejar,
yo no quiero sufrir
contigo me voy mi santa
aunque me cueste morir. (bis)

Un jardinero de amor
siembra una flor y se va.
Otro viene y la cultiva, ¿de cuál de los dos será?
Que tú me quieres dejar,
yo no quiero sufrir
contigo me voy mi santa
aunque me cueste morir.

2. Segundo pie de música. “Pensamiento” instrumental que debe estar grabado al final de *Lágrimas negras*. Con este pie de música se descongelan en cámara lenta Palma y Sergio que la luz va descubriendo cuando los cantantes de *Lágrimas negras* se van.

Cuadro I: Acto de camerino.

Escena 1: Sergio y Palma

PALMA. ¿De qué te ríes?

SERGIO. Nada. No me hagas caso.

PALMA. Di lo que tengas que decir. Te conozco. Dilo.

SERGIO. Es que, con esas ropas, con esa brilladera...

PALMA. ¿Qué tiene?

SERGIO. No sé... En vez de una gloria pareces una grosería. Nada que ver con Palma. No te pareces a ella. En vez de Palma, Matorral.

PALMA. Tiene que ver con la vida.

SERGIO. Mejor cámbiate.

PALMA. Ni hablar.

SERGIO. Pareces una cualquiera

PALMA. Exacto.

SERGIO. Esa no es la Palma de Carlos Felipe.

PALMA. ¡¿Quién dice?! Soy puro Carlos Felipe. Esta soy yo en La Habana, cualquier día del año 1947... Yo cualquier día antes de 1959. Soy este país. ¡Yo también soy este país, cojones!

SERGIO. Bueno, bueno, que te fuiste porque no tuviste más remedio, ¿eh?

PALMA. Por suerte.

- SERGIO.** ¿Qué hubiera hecho de ti un Tennessee Williams si te hubiera conocido al principio de tu carrera?
- PALMA.** ¡¿Estás loco?! ¡¿Cómo se te ocurre?!
- SERGIO.** ¿Palma Dubois...?
- PALMA.** Ay, no. Nunca.
- SERGIO.** ¿Pero qué tú tienes mujer?
- PALMA.** ¿Yo? Tengo a mis pies una mano de plátanos indios, seis mameyes colorados, una botella de vino tinto...Ofrendas, a mis pies.
- SERGIO.** ¿Seguro que ya te viste en un espejo?
- PALMA.** Sí.
- SERGIO.** ¿Y entonces?
- PALMA.** “Salgo desnuda de mi patria, ¡me he puesto mi vestido más pobre!”
- SERGIO.** ¿Mariana Pineda?
- PALMA.** No. No. No. Caela, la Caela de *Los compadres*. “Salgo desnuda de mi patria, ¡me he puesto mi vestido más pobre!” Carlos Felipe, Sergio. *Los compadres* de Carlos Felipe.
- SERGIO.** No la conozco. Y entre quienes la conocen yo solo te conozco a ti. ¿De dónde sacaste eso? ¿También de una exhumación?
- PALMA.** La obra es una joyita.
- SERGIO.** Ay, no jodas, joya *El Chino, Réquiem por Yarini...*
- PALMA.** Daría hasta el pelo por hacer Caela algún día. ¿Te embullas...?
- SERGIO.** Tú, que dijiste en escena como Palma: “¿No lo comprendiste? Ya estoy muerta para el amor... Has llegado demasiado tarde”. Dios, óyete: “Salgo desnuda de mi patria...”

- PALMA.** En otro tiempo, sí... Los tiempos, los viejos tiempos. Estos son otros tiempos
- SERGIO.** ¡¿Entonces?! Lo único que importa es José El Mexicano. Lo demás es retórica, ¡pura retórica!
- PALMA.** No sé, no sé... Hay algo que me hace sentir como una extraña en mi casa. Una extranjera en mi propia tierra. Como una palma real en Hong Kong... ¿Me entiendes? ¿Qué pasó? ¿Qué me hicieron? No me lo preguntes. Mejor ni pensar en eso. Lo prometí, prometí no pensar.
- SERGIO.** Pero, mujer, por Dios.
- PALMA.** Cállate, cállate. Mejor cállate. Mejor no digas nada. ¿Quién es José El Mexicano?
- SERGIO.** Un barco. ¿Te gusta un barco? Red Bay, ¿te gusta Red Bay?
- PALMA.** ¿Por qué esta noche quiero saberlo otra vez? ¿Por qué? ¿Por qué? Dímelo.
- SERGIO.** Porque es el único sentido que tiene la vida de Palma, buscar a José El Mexicano. Encontrar a José El Mexicano. Fundarlo algún día. Fundarlo otra vez. Por eso estamos aquí. Por eso existe una obra como esa.

Santizo entra. Escena 2: Santizo, Sergio y Palma.

- SANTIZO.** Perdónenme.
- SERGIO.** ¿Qué quieres, Santizo?
- SANTIZO.** Allá afuera hay un tipo que dice ser José El Mejicano.
- PALMA.** ¿Cómo? ¿Qué dices?
- SANTIZO.** Que allá afuera hay un tipo que dice ser José El Mejicano.
- SERGIO.** Claro que allá afuera hay un tipo que dice ser José El Mexicano.
- SANTIZO.** Es una broma. ¿Sabes dónde están mis cigarros?

SERGIO. No.

SANTIZO. ¿Qué hago entonces?

SERGIO. ¡Qué sé yo! ¡Fúmate los dedos!

SANTIZO. Después te molesta que prenda cigarros entre bastidores...

PALMA. Coge de los míos; no tengas pena.

SANTIZO. Gracias.

SERGIO. Y ahora al violín. ¡Al Violinista!

Santizo sale. Escena 3: Sergio y Palma

PALMA. ¿El mejicano es buen actor?

SERGIO. Sí. Digamos que resuelve.

PALMA. Estoy temblando.

SERGIO. ¿Por qué? ¿Pero por qué?

PALMA. Acabas de oírlo: “Allá afuera hay un tipo que dice ser José El Mejicano”.

SERGIO. No pienses en eso ahora.

PALMA. Me mata la idea que se pueda estar haciendo de mí.

SERGIO. Amén de la brilladera, aún conservas esos ojos “rosafelipeños”.

PALMA. Bueno, algo es algo.

SERGIO. Dicen que Carlos Felipe escribió el personaje para su hermana Rosa.

PALMA. Carne de Rosa Felipe, sí. Pero ella prefirió interpretar a Renata La Silenciosa.

SERGIO. ¡Qué cosa se dice y no se puede creer!

PALMA. ¿Qué hora es?

SERGIO. Cálmate. ¿Quieres agua, té...? ¿Opio?

PALMA. ¿Hay opio?

SERGIO. Es broma. ¡¿Cómo vamos a tener opio?! El opio no pertenece a un estado predigno, sino posdigno. Y hasta ahí no llegamos, amiga mía.

PALMA. José El Mejicano es el único opio que me apetece.

SERGIO. Ten fe.

PALMA. Eso quisiera. Pero estoy casi convencida que más allá de José El Mejicano, más allá del mismísimo Carlos Felipe, La Habana todavía no está lista para mí.

SERGIO. ¿Por qué dices eso? Puede que las cosas cambien...

PALMA. No sé, no sé, amigo mío; si te digo otra cosa te miento. No quiero ilusionarme con eso mismo, con la cuestión de que las cosas cambien, de que las cosas estén cambiando de una buena vez. Nada de eso. Esperanzas, ¡lo peor! ¿Que cambie qué? ¿Qué cosas?

Santizo entra. Escena 4: Santizo, Sergio y Palma.

SANTIZO. Disculpen otra vez, ahora sí es algo importante.

SERGIO. ¿Ahora qué, Santizo?

SANTIZO. A la gente se les dijo que empezaríamos a una hora...

SERGIO. Y se les paga.

SANTIZO. Sí, pero...

SERGIO. Y se les paga. Se les paga bien. Muy bien.

SANTIZO. Pero ya llevamos una hora de retraso.

PALMA. De retraso y de silencio.

SANTIZO. ¿Qué hago entonces?

PALMA. Pagaré cualquier retraso. Diles eso, que el doble.

SERGIO. ¡No, no, no! Es abusivo. Es una explotación.

PALMA. Ve y diles eso. Y también diles que en un minuto comenzamos.

SANTIZO. De acuerdo.

Santizo sale. Escena 5: Sergio y Palma.

SERGIO. ¿Estás loca? Empezarán por el doble, y antes de que muera el Violinista te exigirán el triple. ¿No recuerdas la obra? ¡¿Qué te pasa?!

PALMA. Estoy sola, muy sola. Y de silencio, llevaba tanto de silencio. Tienes razón. Tanto tiempo...

SERGIO. Bueno, bueno, pero basta. Ya estamos aquí. Ya no estarás sola.

PALMA. Tienes razón.

SERGIO. ¿Comenzamos?

PALMA. Cuando quieras.

SERGIO. Mierda, mucha mierda.

PALMA. Mucha mierda, amigo mío

3. **Tercer pie de música ¡Pensamiento! Como una marcha militar.**

Personajes: Alameda, Santizo, Sergio (brevemente).

Espacio escénico: Centro proscenio, a donde llevan el micrófono

Acción: Todas las acciones están relacionadas con las indicaciones que Santizo le da a Alameda y que ellos ejecutarán durante la canción. Se ponen las boinas. Santizo va creando acciones militares para incorporar a la “coreografía” de la marcha, seguirán eficientemente, mientras cantan.

Pensamiento

Pensamiento,
dile a Fragancia que yo la quiero,
que no la puedo olvidar,
que ella vive en mi alma.
Anda y dile así:
dile que pienso en ella,
aunque no piense en mí.
Anda, pensamiento mío,
dile que yo la venero,
dile que por ella muero.

El pie de música termina abruptamente cuando El chino la interrumpe.

Cuadro II. El Chino de Carlos Felipe. Escena 6. Monólogo de El Chino.

EL CHINO. Momento. Un momento. Atiendan un momento. Quiero advertirles algo. Yo no pienso abrir la boca para decir este libreto. Este libreto es mentira. *(Tira el libreto)* El Chino Luis ni siquiera habla así, como un idiota atarantado. No. El Chino Luis viene a recordar no a decir mentiras. El Chino Luis no es un mentiroso. El Chino ni dice mentiras ni va a hablar como un idiota. Yo no conozco al chino de China, pero sí *El Chino* de Carlos Felipe. Y esto, esto no es *El Chino* de Carlos Felipe, ni la cabeza de un guanajo. Yo conocí a Carlos Felipe era mi amigo personal. Yo guardaba entonces putas suculentas para mi amigo Carlos Felipe. Y Carlos Felipe escribió *El Chino* por mí. Para mí. Al Chino le gusta mucho el dinero de la “señorita Palma”, pero sabe que la “señorita Palma” gasta su dinerito por gusto. El Chino no es falso, El Chino es de verdad. Y dice la verdad, solo la verdad, y nada más que la verdad *(Tiempo)* Lo único que él sabe es que su Habana está muerta. Muerta y enterrada.

4. Cuarto pie de música: Habáname.

Al pie del texto del Chino: Muerta y enterrada, Santizo y Alameda corren susurrando un coro para Habáname sobre la introducción de la pista background de *Habáname*.

El Chino <i>(Siempre en primer plano)</i>	El coro <i>(De fondo al monólogo de El Chino)</i>
<i>(Cantando en el micrófono)</i> Mirando un álbum de fotos De la vieja capital, Desde los tiempos remotos De La Habana colonial. Mi padre dejó su tierra y cuando al Morro llegó, La Habana le abrió sus piernas y por eso nací yo.	Susurrando la melodía.
<i>(Monólogo)</i> Y El Chino recuerda con dolor La Habana, vieja Habana, Habana madre, Habana china, Habana negra, Habana Blanco y Trocadero; Habana Damas y Desamparados. El chinito tiene memoria de elefante. Y la memoria le duele. Porque su Habana está muerta y enterrada. Sepultada bajo escombros, bajo los escombros de su posada. El Chino esconde allí el cadáver. El Chino guarda los huesos de su Habana en su cacharrito de pomada china.	<i>(El Chino se incorpora al coro)</i> Habana, Habana Si bastara una canción Para devolvete todo Lo que el tiempo te quitó. Habana, mi Habana Si supieras el dolor Que siento te canto y no entiendes que es amor. <i>(Se repite hasta que El Chino termine su texto)</i>

(Termina la música. Cualquier otro momento cantado será a capella. El Chino en el micrófono dice el texto mientras el coro a su lado susurra a capella el coro de la canción:)

Y El Chino recuerda con dolor La Habana, vieja Habana, Habana madre, Habana china, Habana negra, Habana Blanco y Trocadero; Habana Damas y Desamparados. El chinito tiene memoria de elefante. Y la memoria le duele. Porque su Habana está muerta y enterrada. Sepultada bajo escombros, bajo los escombros de su posada. El Chino esconde allí el cadáver. El Chino guarda los huesos de su Habana en su cacharrito de pomada china. Como lo están oyendo. Brujería, brujería china, sí.

(El Chino va hacia el altar. Santizo y Alameda van al lateral derecho)

La Revolución derrumbó posadas, mató su Habana, pero la Revolución no mató la brujería china. El comunismo no mata la brujería china. El comunismo chino es mentira, patraña, patraña china. Los chinos no pueden ser rojos porque los chinos son amarillos. ***(Coge la edición de El Chino, de Carlos Felipe de encima del altar)***

El Chino, de Carlos Felipe. Esta obra no es cuento. Mi amigo Carlos Felipe no es un mentiroso. Mi amigo Carlos Felipe habanea errante... errante. ***(Besa el libro y lo vuelve a poner en el altar)*** Les voy a contar un secreto. El Chino

estará aquí esta noche, ***(Magia con papeles)*** vendrá a buscar lo que es suyo, vendrá a que se lo devuelvan, vendrá a que le devuelvan su Habana. Y mientras no le devuelvan lo suyo, él va a seguir por ahí. ***(De nuevo al micrófono)*** El Chino necesita de La Habana, pero de La Habana de verdad, no de esta. Esta Habana está muerta. La Revolución mató a su Habana. La Revolución no pensó en El Chino ni en las obras de Carlos Felipe. La Revolución mato *El Chino* de Carlos Felipe.

Y ahora quieren lavar el crimen con esto, ***(Coge el libreto y lo enseña)*** ¡con esto! ¡Y con esto! ***(Saca el dinero que está guardado en el libreto)*** La verdad es que El Chino no conoció a ningún José El Mejicano. ***(Baja al público)*** Eso está dicho y escrito.

Y en La Habana, en su Habana, conoció muchos Joseítos. Recuerdo a “Tiburón” José Miguel Gómez, y también al Taita José Pata de Mulo, a Pepe Cabecita, al poeta José

Lezama y al yanqui Yosef, al chulo Josepe El Siciliano, y al isleño José María, mujer en la noche y hombre en el día. La memoria viaja lejos, muy lejos, y recuerda muchos Pepitos... Muchos, pero ninguno El Mejicano, se los aseguro. Ninguno de Tampico. Nadie que se embarcó en Tampico desembarcó en Damas y Desamparados. Nadie.

(Santizo y Alameda recogen el dinero mientras cantan el coro de Habáname y se paran detrás del micrófono con el dinero en las manos, hasta que Sergio los interrumpe)

Cuadro III. ¿Dónde está José El Mexicano?

Escena 7. José El Mexicano y Sergio.

MEXICANO. Buenas noches. Mi nombre es José, José alias El Mexicano. *(Lee de un papel que saca del bolsillo)* Natural de Tampico. Desembarqué en La Habana en el año 1947 a bordo del Red Bay. *(Guarda el papel)* Yo soy el Red Bay. Yo soy José El Mexicano.

SERGIO. Bienvenido, José.

MEXIC. ¿Quién es Palma?

SERGIO. ¿No la reconoce?

MEXIC. No. Pero tampoco me dijeron que la reconociera, sino que la conociera.

SERGIO. Sí, claro. Es broma. ¿Pero cómo podría ella saber que usted es José El Mexicano?

MEXIC. Si necesitan mi carnet de identidad...

SERGIO. No, no hace falta. Mire, José, aquella mujer que se arregla las medias es Palma.

MEXIC. Así que ella es Palm...

SERGIO. ¿La recuerda?

MEXIC. Quién podría olvidarse de un culo así.

- SERGIO.** ¿Entonces la recuerda?
- MEXIC.** No, yo nunca antes la había visto. Jamás olvidaría el rostro de un culo como el de ella.
- SERGIO.** Bien, bien, José. Mire, ese es su amigo El Chino. ¿Recuerda a El Chino?
- MEXIC.** Los chinos son todos Palmas estafadores.
- SERGIO.** ¿Pero lo recuerda? ¿Recuerda a El Chino Luis?
- MEXIC.** Todos los chinos son iguales. Son, o Luis o Chan. Una de dos.
- SERGIO.** Fíjese bien, José, es muy importante. ¿Recuerda a ese “chino infernal”?
- MEXIC.** No, por mi madre que no.
- SERGIO.** ¿Y la posada de Damas y Desamparados, la recuerda? ¿Le suena “Damas y Desamparados...” ¿Le suena Carlos Felipe?
- MEXIC.** Aquí entre nos, mi socio, entre cubanos. Yo he penetrado tantas y tantas cosas, ¿sabes...? Seguro que también penetré algo ahí en algún momento de mi vida. Lo que ahora así, en frío... Ah, eso sí, a ningún Carlos Felipe.
- SERGIO.** No se preocupe. Aquí estamos todos para recordar. Le presento a Renata, Santizo, Nena y Alameda. Ella es Palma, le repito. Mi nombre es Sergio, y soy el director de la representación.
- MEXIC.** ¿Estoy bien así...? Mi facha, digo. Soy un hombre de mar: trafico langostas. Usted sabe cómo son los oficios del mar, peste a marisco, a tren, a policía... ¡A cojón de oso!
- SERGIO.** Está perfecto, José. Esto es tampoco teatro, teatro; no hay que tomárselo tan a la tremenda, ¿me entiende? Es poco más que un juego. No hay que entrar en detalles. Ahora, póngase cómodo; ya se le llamará a su debido momento.

José El Mexicano se aparta. Escena 8: Palma y Sergio.

PALMA. Es él.

SERGIO. Bueno, tiene un ancla tatuada en el brazo y debajo del ancla un subtítulo: “Red Bay”.

PALMA. Es él. Es él.

SERGIO. No te lo tomes tan en serio que me asustas.

PALMA. Tiene su misma voz.

SERGIO. ¿Te soy sincero? A mí no me gusta su aspecto. Es como algo demasiado mandado a hacer... ¿No te parece?

PALMA. No lo amé por su aspecto entonces, sino por aquella sal que traía en los labios, en las manos y bajo las uñas de los dedos de las manos...
Aquellas manos salerosas...

SERGIO. Por si te sirve de algo, te informo que José El Mexicano nació y creció en México...

PALMA. Lo sé. Y que se embarcó en Tampico también.

SERGIO. Pero en México Chiquito, un suburbio del reparto “Condao”, en Santa Clara.

PALMA. Lo más importante es su recuerdo. ¿Recuerda algo?

SERGIO. No, no lo creo. El pobre...

PALMA. No importa. Tampoco El Chino, ni Nena, ni Alameda. Y yo, solo recuerdo lo que no he querido olvidar. Hay que desempolvar. Me está mirando. Me sonrío.

SERGIO. Tiene los dientes amarillos.

PALMA. Por las mascadas de tabaco y la carne cruda.

SERGIO. Yo también quisiera que Santizo dejara de fumar. La uña del dedo índice la tiene amarilla como un grano de maíz. Y esa peste que se le pega en el pelo, la camisa... En las noches tose como un perro.

PALMA. Si yo tuviera un barco izaría a un hombre así.

SERGIO. Pero hay que ser José El Mexicano, para admitir ser José El Mexicano, no caben dudas de que él es él. Todo converge tan fácil en José...

PALMA. Es él. Tiene que ser él, que no te quepan dudas.

SERGIO. Mírame. No te enamores, no te enamores, que tú y yo sabemos mejor que nadie cómo a la larga o a la corta termina esta historia.

PALMA. Cállate, cállate. Nadie sabe cómo, nunca se sabe cómo, nunca se supo.

SERGIO. Sí, lo sabemos. Y tú mejor que nadie lo sabes. Como también sabes que gastas tu dinero...

PALMA. No me cuides más el dinero, por favor. Lo sudo yo y yo lo gasto en lo que me dé la gana.

SERGIO. Está bien, está bien, solo que no te enamores. Por Dios, evita un disgusto. Diviértete, fuma, tiémpatelo después si quieres. Pero no te enamores. A ese tipo lo sacamos como aquel que dice de... Es cualquier cosa, lo primero que encontramos con un nombre como aquel, un tatuaje como aquel, Palmas dientes como aquellos.

PALMA. ¡Cállate, cállate, cállate! José... (*Sergio sale. Grita*) ¡José!

Entra José El Mexicano. Escena 9: Palma y José El Mexicano.

MEXIC. José El Mexicano, para servirle.

PALMA. ¿Me recuerdas, José?

MEXIC. ¿Yo? Tendría que pensar, porque ahora así, en frío...

PALMA. Mírame bien, José, ¿no te parezco conocida?

MEXIC. Ayúdeme a hacer memoria. ¿Cuándo? ¿De qué parte? A lo mejor...

Palma le da un bofetón a José El Mexicano.

MEXIC. ¿Eh? ¿Qué te pasa?!

PALMA. ¿Recuerdas ahora? ¿Recuerdas aquella noche en el parque?

MEXIC. ¿Qué parque? ¿Qué parque? ¿Por qué me das un bofetón?

PALMA. Porque el dinero es mío y soy yo la que pago.

5. Quinto pie de música. *Pensamiento en cajita de música.*

(Flashback. Cambia luz y suena música)

MEXIC. ¿Qué parque?

PALMA. Yo estaba sentada en un banco llorando y me preguntaste que por qué lloraba.

MEXIC. ¿Por qué lloras?

PALMA. Nunca te dije.

MEXIC. Palma nunca llora por gusto.

PALMA. Exacto, fue lo que dijiste. Lo dijiste sentándote junto a mí. Y yo te dije que me dejaras sola.

MEXIC. ¿Y qué más?

PALMA. Te di un bofetón idéntico.

MEXIC. ¿Pero yo qué hice?

PALMA. Me enseñaste el amor.

(Termina abruptamente la música y el flashback)

MEXIC. Perdón, pero nada de eso me lo informaron. ¿Tú dices que yo te “toqué”?
¿Qué yo te hice mi mujer?

PALMA. No José, no... Tú te volviste mi hombre.

Palma sale. Sergio se acerca. Escena 10: Sergio y José El Mexicano.

- SERGIO.** Muy bien. Lo está haciendo muy bien.
- MEXIC.** ¿Pero yo qué he hecho?
- SERGIO.** Ya lo sabrá, en algún momento lo sabrá. Estoy seguro. Por ahora manténgase a la altura de las circunstancias, ¿ok?
- MEXIC.** Una última pregunta, ¿esto es de verdad?
- SERGIO.** ¿Esto qué?
- MEXIC.** Todo lo que está pasando aquí.
- SERGIO.** Depende de lo que usted entienda por “verdad”. Todo es relativo, amigo mío. Relájese.
- MEXIC.** Cómo quiere que me relaje entre un viejo vestido de colorao y una loca que reparte gaznates. Y tú, ¿tú que pintas en todo esto?
- SERGIO.** Yo soy el director.
- MEXIC.** ¿Y? Ni soy un perro ni voy a estar aguantándole crisis de nervios a nadie, ¿ok?
- SERGIO.** A ver, ¿cómo le explico. Estamos aquí reunidos porque vamos a recordar un crimen. Si es que podemos llamarlo “crimen”.
- MEXIC.** ¿Un crimen? ¿Y qué coño tengo yo que ver con un crimen?
- SERGIO.** Se trata de la muerte de El Violinista. ¿Se acuerda de aquel violinista que murió aquella noche en la posada...?
- MEXIC.** No, y te juro que jamás he tenido nada que ver con un violinista vivo ni con Palma muerto.
- SERGIO.** Relájese. Claro que no. Tampoco lo estamos incriminando. Solo estamos tratando de hacer memoria. Reconstruyendo la escena del crimen, una verdad tan real, que pueda explicarle a Palma que efectivamente existió

un José El Mexicano. Aténgase al libreto. Siga la cuerda. Así de fácil.

Pero relájese, hombre.

MEXIC. Fácil o no, si se equivocan otra vez, me largo.

SERGIO. Le prometo que no pasará de nuevo.

MEXIC. ¿Y en cuanto al muerto?

SERGIO. Usted no lo mató, José, si es lo que le preocupa. Ni “jugando”.

MEXIC. ¿Y por qué a ella la ocupa un muerto?

SERGIO. Pregúntele. Les hará muy bien a ambos tener esa conversación. Adelante,
José, no sea tímido. Recuerde. Recuerde.

V- Fuera de juego

Entran Renata y El Chino. Forcejean. Escena 12: Renata y El Chino.

RENATA. ¡Suéltame! ¡Suéltame!

CHINO. Cálmate, mujer.

RENATA. ¡No sigo, paria, coño de tu madre!

CHINO. Mira lo que estás haciendo. ¡Contrólate!

RENATA. Mira lo que me están haciendo. ¡Suéltame!

CHINO. Lo juraste, tú lo juraste.

RENATA. ¡No, fuiste tú quien juraste en mi lugar!

CHINO. Fue por tu bien, ingrata.

RENATA. Mentira, mi bien es el silencio.

CHINO. Cálmate, es solo un rato. Un poco. Falta tan poco.

RENATA. Nunca falta poco. Nunca falta tan poco. ¡Nunca, nunca!

CHINO. Esta vez sí.

RENATA. Oíste la canción y de dónde venía esa cosa facinerosa. Ya está empezando,
ya está empezando...

CHINO. No pasa nada. ¿Me oyes? ¡Nada!

RENATA. Sabes que pasará.

CHINO. No esta vez.

RENATA. Por Dios, te lo suplico, suéltame, déjame ir...

CHINO. ¿Ir a dónde, mujer? ¿A dónde? Tú no tienes a dónde, tú eres sobras. Tú me tienes solo a mí.

RENATA. No te das cuenta de que me estoy muriendo.

CHINO. La muerte soy yo y te quiero viva.

RENATA. Mira, Chino, déjame ir a morir un ratico y después vuelvo. Solo un minutico, San la Muerte.

CHINO. Si sales por esa puerta, no pienso ir a buscarte más.

RENATA. ¡Mejor, no me busques, no me busques! Yo estaba bien donde estaba. Y nadie me buscaba entonces. Si esto te conviene, quédate tú...

CHINO. ¡¿Qué pensarán de ti?! ¿Qué pensaré de ti?

RENATA. Déjalos que piensen de mí lo que quieran. Lo que quieran, déjalos. Y tú da por sentado que me descompuse y que poco a poco me tragó la tierra.

CHINO. Pero... y el dinero. Pienso en el dinero. Piensa en ese dinero que siempre será mío, que siempre tendrás que conseguir para mí. (*Entra Sergio*)

Escena 13: Renata, El Chino y Sergio

SERGIO. ¿Qué pasa? ¿Qué pasa? ¿A santo de qué esta escena? ¡Por favor!

CHINO. A veces le falla la memoria. Necesita un vaso de agua.

SERGIO. Santizo, un vaso de agua, por favor.

RENATA. Ningún vaso de agua.

SERGIO. Entonces, ¿podemos continuar?

RENATA. *(A El Chino)* Está bien. Aquí voy a seguir para ti. Conseguiré ese dinero. Como debe ser, como siempre ha sido. Pero antes mírame, mírame a los ojos y dime, mírame a los ojos y dilo que no habrá otra vez en la vida que me veas levantar la cabeza. *(Levanta la cabeza)*

CHINO. Parecen de muñeca.

RENATA. No. Dilo bien. Dilo bonito. Dilo como cuando me encontraste hace dos noches sobre un banco de prado, meada, con pájaros cagando sobre mí, abrazada a un San Lázaro roto por la cabeza. Dilo de verdad y tendrás de mí lo que quieras. Que se oiga, que todo el mundo lo oiga.

(Especial de luz.)

CHINO. Parecen de muñeca.

RENATA. Y qué más.

CHINO. “Ahora te entiendo, querida: Palmas ojos así podrían imaginar la miseria, tocarla, pero verla, nunca.”

(Termina especial de luz)

Entra Palma

Escena 14: Renata, El Chino, Sergio y Palma

PALMA. ¿Sergio?

SERGIO. ¿Sí?

PALMA. *(Asoma.)* No tenemos la vida entera para esto.

CHINO. *(A Sergio.)* Quién sabe.

SERGIO. *(A El Chino y Renata)* Ya la escucharon, ¿no?

RENATA. Ella. Es ella. Ahí está. Allí. Ella... Tan blanca, tan perfumada... Tú...

Puedo tocarte si cierro los ojos y estiro las manos, pero están sucias mis manos y no

quiero manchar tu escena de amor. Ella. Una belleza que te tumba los brazos, que me hace bajar la cabeza. *(Distanciamiento. Luz y sonido)*

6. Sexto pie de música. Pensamiento instrumental.

¿Pero de qué le servirá la belleza a un fantasma? ¿De qué le servirá a una ciudad muerta por dentro, muerta para el amor, una belleza como la tuya? Todo lo que me falta por dentro, eres tú, pero yo soy la ciudad, y esta ciudad es solo su miseria. *(Renata baja la cabeza.)* Ojalá me supiera reír, ojalá no me hubieran matado eso.

(Rompe distanciamiento. Termina abruptamente el pie de música)

CHINO. *(Aparta a Renata)* Aguanta un poco mujer, solo un poco.

SERGIO. Bien, seguimos. Sin más interrupciones, ¿sí? No tenemos la vida para esto.

CHINO. *(Apenas se le escucha.)* Quién sabe.

RENATA. Suéltame, conozco la obra como a la palma de mi mano.

SERGIO. Lista la Alameda. Silencio, por favor.

Cuadro VI. Muerte de El Violinista, según Alameda.

Escena 15: Monólogo de Alameda.

ALAMEDA. El Violinista era un muchacho prendido con la marihuana. Ni más, ni menos. Un marihuanero más, a la larga o a la corta. Imagínate el paisaje enganchao hasta el tuétano y sin un quilo en el bolsillo. No hay nada en su historia de qué sorprenderse, todo estuvo clarísimo siempre. Nosotros a veces le recolectábamos los cabitos que dejaban los clientes y entonces él armaba su pito con los rastrojos. Yo no creo que El Violinista estudiara en la universidad de La Habana. También me di cruce con él varias veces por aquella zona. ¿Pero sabes qué? Universidad ninguna, pasaba sus “notas”, sus “vuelos” en los rincones, sobre la escalinata buscaba el solecito suave de las nueve de la mañana para despertarse. Es el sol y el sitio preferido de los muchachos de su tipo y calaña, y también de los que no son ni de su tipo y calaña, para ser realistas.

Vamos a estar aquí. *(Tiempo)* Renata fue quien lo trajo por primera vez a Damas y Desamparados. Me parece estar viéndolos llegar junticos, como dijo Nena: “con su jolonguito al hombro”. Renata lo amó, lo amó de verdad hasta el último momento. Eso a ella se le veía en los ojos, Incluso hoy, tal vez sea lo único que podamos verle todavía. Renata lo amaba, pero con el tiempo El Violinista se enamoró de Palma, y tiró a mierda a Renata. Gastaba hasta el último quilo de Renata en los brazos de Palma, dicen. Y al poco tiempo, Palma lo tiró a mierda, y luego, bueno, se enamoró de José El Mexicano. *(Tiempo)* Sí, yo coincido en que El Violinista suicidó. Pero ese suicidio tiene apellido, y me perdonan, pero lo voy a tener que pronunciar ahora mismo con todas sus letras: Palma. El Violinista se suicidó aquella noche en que Palma conoció el amor en brazos de José El Mexicano. Fin de la historia. No se rompan más la cabeza, no se empecinen más en hacer el policiaco. El Violinista no soportó la imagen de Palma recostada sobre el pecho de otro hombre desnudo y se mató. No soportó que su Palma descubriera el amor. Él los vio por una hendidija, y yo lo vi a él, lo sorprendí en el brinco: lloraba a borbotones mientras se masturbaba... Lagrimones de semen de este tamaño. *(Tiempo)* Para mí, lo único raro de todo esto siempre fue la herida, exactamente como si ese muchacho usara el corazón por fuera. Un rasguño, apenas una mierdita así. *(Tiempo)* El funeral se lo hicimos nosotras por compasión con Renata, la pobre... *(Tiempo)* Si la memoria no me falla, te aseguro, que ese hombre es el mismo hombre que yo vi por una hendidija aquella noche en la posada de Damas y Desamparados. José El Mexicano. Lo vi una sola vez, pero a mí un rostro no se me olvida jamás.

VI. Muerte de El Violinista, según Renata La Silenciosa.***Escena 18: El Chino y El Violinista.***

VIOLINISTA. ¡Chino! Chino de mi alma. Padre mío. Chino lindo... Allá dentro hay un tipo revolcándose con Palma. De gratis, Chino, de gratis. Ve, Chino, ve y míralos. Eso no está bien, te estafan. Palma te está robando. ¡Ve, Chino y arráncale ese hombre de los brazos!

EL CHINO. ¿Por qué El Violinista dice que Palma me está robando?

VIOLINISTA. Porque es amor y el amor es un robo. Palma ama a ese hombre, le está regalando hasta lo que no es de ella. Todo no es de ella, Chinito. También hay de mí. Y por el camino que va hay cosas que no podremos recuperar nunca.

EL CHINO. Palma es una puta honrada.

VIOLINISTA. ¡Mentira!

EL CHINO. El Chino no tiene quejas de ella.

VIOLINISTA. ¡Te está engañando!

EL CHINO. Hoy es su día libre.

VIOLINISTA. Mentira, su día libre fue ayer.

EL CHINO. El Chino la entiende. El Chino la perdona. El Chino Luis cree en el amor.

VIOLINISTA. ¡Tú no crees ni en tu madre, pedazo amarillo de mierda!

EL CHINO. Vete.

VIOLINISTA. Te pago.

EL CHINO. ¿Tú?

VIOLINISTA. Te pago dinero. Mucho dinero. Lo que me pidas. El dinero que no has visto en un año.

EL CHINO. Dinero, dinero... Conozco muy bien el dinero. Cuando el dinero habla, el amor calla.

VIOLINISTA. ¡Renata! ¡¿Dónde está Renata?! ¡Renata! ¡Renata!

EL CHINO. No hurgues ahí, muchacho. Vete ahora, ahora, y no vuelvas nunca. Los cirios están temblando. ¡Vete! ¡Pronto!

VIOLINISTA. No. Nunca. ¡Renata!

(Renata La Silenciosa entra. Especial de luz y sonido)

Escena 19: Renata La Silenciosa, El Violinista y El Chino

7. Séptimo pie de música. Pensamiento en cajita de música

VIOLINISTA. Renata, Renata, mi amor. Tú eres lo más grande que yo tengo en el mundo, Renata. Mi vida no fuera nada si no estuvieras tú, siempre tú, cerca, para salvarme. Yo no sería El Violinista. Renata, Renata linda, pedazo de mi corazón. Necesito dinero. *(La música termina abruptamente)* Mucho dinero. Todo el dinero que tengas lo necesito ahora. ¿Eh, Renata, qué dices? Es cuestión de vida o muerte. Un día te lo devolveré. No sé cómo, pero te pondré hasta el último centavo que me prestes hoy en las manos.

RENATA. No tengo ese dinero.

VIOLINISTA. Te lo devolveré el doble, el triple.

RENATA. No lo tengo

VIOLINISTA. Sí lo tienes.

RENATA. No tengo dinero.

(Rompe el especial de luz)

VIOLINISTA. Si tienes ese dinero. Tienes el que te pido y más. Entre las tetas, lo he visto ahí, siempre ha estado ahí. Es como un carretel de billetes nuevecitos. ¿Ves que sí los tienes, Renata de mi corazón? Lo tienes. Lo sé, lo he visto. Todos los fines de semana ciñes una hebra nueva al carretelito. Lo tienes y me lo vas a dar, ¿verdad? Es un préstamo, solo un préstamo.

RENATA. No es mío, es el cambio de un cliente.

VIOLINISTA. ¡Mentira!

EL CHINO. Vete, Violinista, las lenguas de los cirios se doblan como espadas.

¡Corre!

RENATA. ¡Dinero! ¡Es mi dinero! Mío y de nadie más. No te lo doy. Y no te lo daré nunca. ¡Nunca! ¡Nunca!

VIOLINISTA. Renata, no, no, Renata, no te vayas. Perdóname, mi amor, ¿sí? ¿Me perdonas? Soy un estúpido. Un estúpido. Mírame a los ojos, ¿me amas, Renata? Lo sé. Tal vez yo sea lo único que de verdad hayas amado en la vida. Tu vida y la mía son lo mismo. Estamos juntos en esto. ¿Me estás escuchando, Renata? ¡Juntos! Mírame, necesito ese dinero.

EL CHINO. Vuelve a lo tuyo, Renata, no lo oigas.

VIOLINISTA. ¡Cállate, monstruo! Mírame, Renata, mírame. No le hagas caso.

EL CHINO. Vuelve, Renata. Apriétate.

VIOLINISTA. Mírame... Eso es, eso es. ¿Quién más te dio amor en esta vida? Solo yo, Renata, solo yo. Pero después de hoy, si no me prestas ese dinero, ya no tendrás a quién amar en esta vida, ni yo tendré a quién amar en esta vida... ¿Y entonces? ¿Entonces de qué te servirá el carretelito de billetes, eh...? Dime. Responde, Renata.

RENATA. Nunca.

VIOLINISTA. ¿“Nunca”?

RENATA. ¡Nunca! ¡Nunca! ¡Nunca!

EL CHINO. Dinero, dinero, dinero... Cuando el dinero habla, el amor calla.

VIOLINISTA. ¡Seca! (*Escupe a Renata*) Seca. Y seca. Seca como un pedrusco de sal, dolorosa. Y como las patas de una cucaracha, dura. Estrecha y fría. Rancia. Pestiferosa.

Seca. Seca. Muerta por dentro. Muerta para el amor. Seca, dura y fría, como un zapato abandonado, viejo.

EL CHINO. No hurgues ahí, Violinista. Ahí, no. ¡Vete! ¡Vete y nunca vuelvas!
¡Corre!

VIOLINISTA. Cállate, demonio. Ojalá fueras de barro, Chino, para dibujar mi odio alrededor tuyo. Tengo el dinero. Tengo el dinero que necesitas.

EL CHINO. Dinero, dinero, dinero... Cuando el dinero habla...

El Violinista vacía el estuche del violín en el suelo. Caen papeles, frascos de medicina, y un sobre con dinero.

VIOLINISTA. Aquí está. Aquí está. Eres mío, Chino. Soy tu dueño, demonio. Ve y desmocha esa palma. Ve ahora mismo. ¡¿Qué esperas?! Cuando habla el dinero, calla el amor. ¡Corre! ¡Corre!

EL CHINO. Cuando el dinero habla, el amor calla...

RENATA. No, Chino. ¡Nunca!

8. Octavo pie de música. *Pensamiento enlentecido.*

(Renata La Silenciosa le lanza al pecho un chorro de sangre. El Violinista cae muerto. Especial de luz y música que termina con la caída de Santizo muerto)

Termina el octavo pie de música.

Escena 20: Renata La Silenciosa y El Chino.

RENATA. Nunca, nunca...

Tiempo. Renata La Silenciosa se arrodilla junto al cadáver y le acaricia el pelo.

EL CHINO. No hurgues más en su cabeza, Renata, ya sabes lo que tiene dentro. Hay que avisar a la policía. El Violinista está muerto.

RENATA. No. La policía, no.

EL CHINO. ¿Cuánto dinero es?

Renata La Silenciosa recoge el dinero y se lo muestra a El Chino.

EL CHINO. Es bastante.

RENATA. A la policía no.

Renata La Silenciosa le entrega el dinero a El Chino, y este lo guarda dentro de su camisa.

EL CHINO. Fue un suicidio, Renata. Esto es un suicidio. Se suicidó El Violinista, Renata. ¿Me estás oyendo bien? Se suicidó. Tira toda esa porquería en la basura. Cierra el estuche, pónselo al lado, que parezcan inseparables. Da las voces. Tenemos un muerto, Renata, no podemos permitir que se enfríe.

Renata La Silenciosa recoge las pertenencias de El Violinista del suelo

EL CHINO. Cuando el dinero habla, el amor calla. Da las voces, Renata. Rápido.

RENATA. ¡Un muerto! ¡Un muerto! ¡El Violinista! ¡El Violinista está muerto! ¡Un suicidio! ¡El Violinista se suicidó!

Escena 21: Alameda, El Chino y Renata La Silenciosa.

EL CHINO. Ahí está.

ALAMEDA. ¡Qué horror!

RENATA. ¡Qué nadie se acerque al cuerpo! ¡Nadie! Yo, solo yo. Nadie más que yo.

ALAMEDA. Palma, su nombre es Palma.

EL CHINO. Llamen a la policía. Está comenzando a oler, ya tengo el estómago revuelto.

ALAMEDA. Sí, enseguida voy. ¿Qué pasó, Chino?

EL CHINO. Renata fue quien lo encontró. Renata, pregúntale a Renata. El Chino no tiene cabeza para esto ahora. El Chino tiene el estómago revuelto... Voy a vomitar.

ALAMEDA. ¿Qué pasó, Renata?

RENATA. No sé, no sé... Solo sé que está muerto. Mi Violinista. Solo sé que se suicidó...

ALAMEDA. Despacio, Renata, cálmate. Recuerda: estamos aquí para recordar. Hay tiempo.

Sergio aplaude y dice que muy bien. Todos bajan cantando a capela el coro de Sobre una tumba una rumba. Solo Renata se queda. Cuando comienza a hablar todos se callan.

Escena 22: Monólogo de Renata La Silenciosa

9. Noveno pie de música. Pensamiento instrumental. El pie comienza cuando los actores se van por la escalera central y solo Renata está en escena.

RENATA. Él era mi amante, mi hombre, mi única cosa en la vida. Un hijo, prácticamente un hijo. El hijo que no puedo tener... El hijo que tantos dolores de cabeza me dio. *(Tiempo)* Yo me lo encontré en la calle un día, sentado en esa escalinata de la Universidad de La Habana, con la cara entre las rodillas. Había fumado mucho la noche anterior y entonces trataba de que el solecito de las nueve de la mañana lo despabilara. Había que verle la cara. Me dijo que estudiaba ahí en la Universidad. Algo, no sé, no sé qué, no recuerdo... Tampoco le pregunté más, nunca más. ¿Pero tampoco era dado a mentir mi Violinista...? ¿O sí? A veces, muy raras veces... Hoy no, ahora no, ahora está muerto, muerto de verdad. *(Tiempo)* Un cliente le pagó buen dinero a El Chino, y El Chino me mandó a cambiarle las sábanas a Palma, a tenderle las mejores. Blancas sábanas. El tipo pagó buen dinero, muy buen dinero... Yo todavía estaba dentro de la habitación cuando ellos llegaron con el alboroto, parecían gorriones. Palma saltó a la cama, como una gata, se desnudó prácticamente delante de mí, y gritó que me largara... O que me quedara... Sí, eso también me lo dijo. Él no, él me dio las buenas noches; parecía una persona decente a juzgar por sus zapatos. No levanté la cabeza para devolverle el saludo, no soporto que me miren los ojos, no soporto levantar la cabeza. Dije entre dientes “Buenas”, a los zapatos. Eran zapatos largos y marrones, cuadrados hacia la punta. “José, José” le ronroneaba Palma manoseándose los senos... “José, José...”. Cerré fuerte la puerta cuando salí, muy fuerte. *(Tiempo)* Después mi Violinista

llegó aquí vociferando como un loco: “¡Chino! ¡Chino!”. Él tenía esos prontos. Esos prontos donde era capaz de cualquier cosa. No por la yerba, la yerba no tuvo nada que ver con eso. “¡Chino! ¡Chino!”. Sacó ese cuchillo y se lo clavó en el pecho, una sola vez. *(Tiempo)* Él no quería, lo sé, lo hizo con miedo... Se lo leí en los ojos, me lo dijo así cuando ya nada tenía remedio. Breve, casi un suspiro, como si usara el corazón por fuera: se mató. Se mató sin saber que se mataba. Él no quería, se los juro. Más bien deseaba matar a Palma. Matarla, matarla a ella en él... Pero estaba tan “fumao” que no se acordó que usaba el corazón por fuera. *(Tiempo)* Hay algo en todo esto que huele mal, pero que huele tan mal... No es él... No es él quien se pudre, es otra cosa, algo que viene de la calle... Algo descompuesto... ¡Qué asco! ¡Qué asco! ¿Ustedes no lo huelen...? Es un tufo que se va pegando en el pelo, en la ropa... ¿Ustedes no huelen? *Todos se acercan. Renata está confundida. La levantan. Alameda la arregla trata de arreglarla y mientras la arregla le dice el siguiente texto. Mientras todos hablan Ad Libitum. Renata está confundida. Repite “no es verdad” “ya nada es verdad” El resto de los actores se van acercando y van improvisando en el mismo sentido que Alameda le hablo. Cosas como: Es teatro, la sangre es de mentira, mira como Santizo se levantó. Sergio dice que están cansados y que van a hacer un receso de quince minutos. Renata repite las frases mientras camina en el grupo de todos los actores para salir por la puerta de emergencia.*

10. Pie de música. Mientras los actores salen cantan No lo llores. El pie se extingue cuando termina

FIN DEL PRIMER ACTO

SEGUNDO ACTO.**Antes de comenzar el Cuadro VII. La escena de amor.**

A mitad del intermedio entran con un cubo de agua y trapos, Alameda, Santizo y El Chino. Vienen a limpiar la sangre que quedó en el suelo en el final del primer acto.

Toda la improvisación transcurre durante el intermedio, con el público entrando y saliendo de la sala, hasta que se apagan las luces y se oye la canción *Con tus mentiras*

Se te olvida
que me quieres
a pesar de lo que dices,
pues llevamos
en el alma cicatrices
imposibles de borrar.

Se te olvida
que hasta puedo
hacerte mal si me decido,
pues tu amor
lo tengo muy comprometido
pero a fuerzas no será.

Y hoy resulta
que no soy de la estatura
de tu vida,
y al dejarme casi, casi,
se te olvida
que hay un pacto
entre los dos.

Todos aplauden. Sergio grita sobre los aplausos: ¡Palma y José comenzamos! ¡Y!
Alameda, El Chino, y Santizo se sientan por el público. Comienza el **Segundo acto.**

Cuadro VII. La escena de amor.***Escena 25. José El Mexicano y Palma. Beben.***

MEXIC. Yo estuve Alameda años preso en una cárcel de Isla de Pinos. Allí conocí a una muchacha que tenía tu nombre como apellido. “No Sé Qué”, Palma.

PALMA. ¿Putita también?

MEXIC. De oficio. De alma era ama de casa.

PALMA. Dicen que no hay mujer mejor que una puta enamorada.

MEXIC. Eso decía mi padre. Aquella Palma era un angelito, la verdad. Alameda años y pico preso y no me faltó ni a una sola visita. No faltó una sola vez.

PALMA. ¿Y qué pasó?

MEXIC. Me dieron la libertad, y me largué en una goleta sin decirle ni pío.

PALMA. ¿Por qué?

MEXIC. Ah, la muerte de un manatí.

PALMA. No, ¿Qué por qué la abandonaste?

MEXIC. No me imagina recolectando toronjas.

PALMA. Y hasta su nombre olvidaste, José.

MEXIC. En parte.

PALMA. Claro está, “No Sé Qué”, no es un nombre.

MEXIC. Pero Palma era su apellido. Es lo que importa, es lo único que tenía que recordar, ¿no?

PALMA. Tal vez, tal vez.

MEXIC. A mí no me caben tantas cosas en la cabeza. Los sentimientos pesan y un hombre como yo debe andar ligero de equipaje. Para mí también esa fuga fue dura, pero... También estaba un poco enamorado de esa mujer, no voy a negarlo, pero... Y para colmo de maldiciones, en el viaje murió mi socio Raimundo. Tremendo tipo.

PALMA. Conocí a un Raimundo de Isla de Pinos, también muerto en un naufragio. Era el novio de una prima mía llamada Lila.

MEXIC. ¿Lila, dijiste? Lila, claro, era el nombre de la novia de Rey.

PALMA. Lila murió de tristeza. Cada tarde pegada a la ventana esperó el regreso de Raimundo... Hasta que la muerte le arrancó el color del nombre. Una Penélope. Al parecer los Olókun del Golfo de Batabanó se hicieron los sordos con Lila, o no son tan poderosos como los del Golfo de México, por ejemplo.

MEXIC. Creo que estamos hablando del mismo Raimundo, Palma.

PALMA. Es lo que parece, José. La misma historia de amor. La misma obra¹ de Carlos Felipe.

MEXIC. Verdad que Cuba es una mierdita así.

PALMA. Tan así, que donde comienza la Palma acaba el José.

MEXIC. ¿Y eso es bueno o malo?

PALMA. No es bueno ni malo. Sencillamente es. Y ni te imaginas las veces que he querido deshacerlo.

MEXIC. Esto es gracioso. Sin que te ofendas, pero no puedes negarme que es gracioso.

PALMA. ¿Qué?

MEXIC. Esto, todo esto, que yo sea José El Mexicano.

PALMA. Es lo único que espero de ti.

MEXIC. Yo soy José El Mexicano entonces. Más allá de este jueguito, más allá del dinero que gane esta noche... No me caben dudas de que soy tu José.

PALMA. Ni a mí. Reúnes todas las condiciones para un clásico José El Mexicano.

MEXIC. Ya no quiero ser otra cosa.

¹ Se refiere a *El travieso Jimmy*

PALMA. ¿No?

MEXIC. No, nunca.

11. Onceno pie de música. Pensamiento instrumental para que cante el coro

Palma y José El Mexicano se besan. Santizo, Alameda y El Chino, susurran desde el público Pensamiento.

MEXIC. Esa canción... ¿La oyes...?

PALMA. Uhummm.

MEXIC. ¿De dónde viene?

PALMA. Del alma de aquellos cantores.

MEXIC. ¿Te gusta?

PALMA. Uhummm.

MEXIC. Entonces que sea nuestra canción.

PALMA. Es nuestra canción, José. Siempre lo fue. Ellos la cantan desde hace sesenta años para nosotros.

MEXIC. Es inmortal.

PALMA. Inmortal no, de Sanctis Spíritus, de la trova espirituaana que fue más que inmortal. ¡Y ni que decir de los Hermanos Sobrino!

MEXIC. Creo que me la sé.

PALMA. Cántala entonces, José; claro que te la sabes. Alguien la escribió para ti. Sácatela del pecho. Déjala que se cante sola. Tú solo mueve los labios, nada más mueve los labios, lo demás lo hará la canción.

(Cuando El mexicano canta se va la música en fade.)

MEXIC. Pensamiento, dile a fragancia, que yo la quiero, / Que no la puedo olvidar, que ella vive en mi alma, anda y dile así, / Dile que pienso en ella, aunque no piense en mí, / Dile que pienso en ella, aunque no piense en mí.

PALMA. Sigue, sigue...

MEXIC. No, después si quieres, ahora no puedo.

PALMA. Aquella noche José, aquella noche en Damas y Desamparados... Esas mismas mujeres las cantaban para nosotros.

MEXIC. Tampoco sabía de dónde venía la música, pero era por ti y por mí que cantaban. Ellas, y eran solo ellas...

PALMA. Sí, José.

MEXIC. Pero no la cantaron completa... les faltó una parte... Un pedazo que no. Dejaron de cantar primero y luego detuvieron la guitarra.

PALMA. Exacto.

MEXIC. ¿Por qué? ¿Por qué...?

PALMA. El Violinista acaba de suicidarse.

MEXIC. Yo me estaba viniendo.

PALMA. Nos estábamos viniendo juntos.

MEXIC. Imperdonable...

PALMA. Inolvidable...

MEXIC. Pobre muchacho...

PALMA. Moría El Violinista cuando ellas decían “muero”, y yo sobre ti moría.

MEXIC. Nunca más la volví a oír. Y si alguna vez oí la canción, por lo menos le faltaba la voz de esas mujeres...

PALMA. Aquella noche en Damas y Desamparados te pregunté, “¿Por qué traes tantas piedritas en el bolsillo, José?”. Y tú me dijiste, “Las tiro al agua para matar el tiempo. No se consiguen piedras lindas en alta mar”.

MEXIC. Esa noche te regalé todas las que traía en los bolsillos.

PALMA. Sí. Yo las tiré una por una al mar cuando me fui de Cuba. Pero no las tiré tratando de matar el tiempo, sino de romper el mar. Y aquel trillo de plata que dejaste sobre el agua cuando pasaste los dedos.

MEXIC. Me jode que recuerdes tantas cosas e las que yo no me percaté.

PALMA. Es que yo te amaba, José.

MEXIC. Pero yo te amaba también, y hay detalles que no recuerdo.

PALMA. Mi amor no era un cuento.

MEXIC. El mío tampoco lo es.

PALMA. Yo no te estoy reprochando nada. Nada. Tú eres una persona y yo otra. Yo hablo por mí, yo solo digo mis pensamientos, los parlamentos que para mí fueron escritos.

MEXIC. Ya me explicaron antes de entrar eso de los parlamentos.

PALMA. ¿Por qué no fuiste?

MEXIC. Me cogió tarde.

PALMA. ¿Por qué no fuiste?

MEXIC. No te creí capaz; pensé que solo estabas exagerando... En la noche que pasé por la posada... Te silbé y entonces...

PALMA. Te esperé y te esperé, José El Mexicano.

MEXIC. Se me fue el barco. Perdóname.

PALMA. Lo dejaste ir conmigo a bordo.

MEXIC. Pensé que era una cuestión de meses.

PALMA. Todos pensamos eso. Y hasta se piensa mejor sesenta años después.

MEXIC. ¿Por qué te fuiste?

PALMA. ¿Qué “por qué” yo me fui? ¿Tienes eso en el libreto?

MEXIC. No y sí.

PALMA. Porque sí.

MEXIC. Palma no se va “porque sí”, amiga mía.

PALMA. Sí, Palma también se va “porque sí; lo que Palma no se va es del todo, José. Nadie se va del todo.

MEXIC. Entonces, ¿por qué te fuiste?

PALMA. Escapé. Escapé. Tenía que escapar y escapé. Me evité la molestia de ver cómo derrumbaban la posada de El Chino, por ejemplo, o de que me convirtieran en miliciana, también, por ejemplo. Escapar, eso fue lo que hice, eso fue lo que hicimos. Yo diría que naufragar a la inversa.

Tiempo.

MEXIC. Y ahora estás aquí. ¿Qué pasó?

PALMA. ¿Que “qué pasó”?

MEXIC. Sí, ¿qué pasó?

PALMA. Pasaste tú, José El Mexicano. Tú. El hombre, tu nombre, el mar, la noche, como una caravana. Eso pasó. ¡¿Qué más?! Cuidé de tu amor como a una criatura sagrada. Un algo indefenso que había que proteger a toda costa. El amor entre una dama y un desamparado. ¿Me entiendes? Pero con el tiempo se me fue convirtiendo en las manos en un monstruo con la cara y la forma de un erizo, por ejemplo. De un erizo. Este no era un desamparado, sino un desconocido... Este ya no era José y le clavé un tenedor en la cabeza. Un tenedor, la misma forma de un trillo sobre el agua, y de plata. Pero siguió vivo. Sigue vivo.

MEXIC. Yo siempre estuve aquí, aquí. A dónde más lejos he ido es a Santa Clara a ver a mi madre de vez en cuando, una o dos veces al año. Tal vez pasé un domingo por Damas y Desamparados y... ¿No me crees?

PALMA. Es posible.

MEXIC. Y no estabas.

PALMA. Derrumbaron la posada de El Chino. Y como tú, y como yo, dejaron de pasar cosas extraordinarias en La Habana.

MEXIC. Entonces no estabas.

PALMA. Estaba, claro que estaba. Estaba entre los ladrillos, ¡yo era un ladrillo más!

MEXIC. Perdóname.

PALMA. No hay nada que perdonar. Perdóname tú. Ahora he vuelto, sin amor, sin odio, vuelvo y me doy cuenta de que no eras tú, sino yo quien había muerto, o quien se había convertido en otra cosa. Nunca fuiste tú. “Estoy muerta para el amor, has llegado demasiado tarde”. No eres tú, es aquella Palma de Damas y Desamparados la que te amó, no esta. Y lo único que se conserva de aquella y mal, son estos trapos que llevo puesto, este anacronismo.

MEXIC. No entiendo toda esta payasada, Palma.

PALMA. Te pago por recordar, no por entender. Langostero, a tus langostas, ¿sí?

MEXIC. Pero yo te amo, Palma.

PALMA. No lo dudo.

MEXIC. Podemos empezar otra vez.

PALMA. ¿Empezar? No, José, no. Estamos aquí reunidos para terminar, para que acabe, para matar a José. Por ese “algo” del que no he logrado deshacerme y que ahora acabo de comprender, he pagado mucho dinero esta noche.

MEXIC. Ya no quiero tu dinero.

PALMA. He estado mi vida entera creyendo en un monstruo, amándolo... Hace sesenta años escapé del hombre, pero quedaba la bestia, el mito, el tuyo, la ideología...

12. Duodécimo pie de música *Pensamiento* para ser cantado por el coro.

MEXIC. Escucha, Palma, es nuestra canción, se sigue escuchando, sigue viniendo de esas dos mujeres.

PALMA. Es lo previsto, cuando se acabe esta escena callarán para siempre. Yo les pagué aquella noche, y esta les pago otra vez.

(Se apaga abruptamente Pensamiento cuando Palma hace una señal)

MEXIC. Si yo tuviera que hacer algo, ¿qué podría hacer?

PALMA. Nada. O sí, no recuerdes nada más, sabe Dios con qué termines topándote en el regreso. Sergio, por favor, págale a José El Mexicano su dinero. Muchas gracias, José.

Palma pretende retirarse, José El Mexicano la detiene.

Escena 26: Palma y José El Mexicano.

MEXIC. ¿Por qué?

PALMA. No me toque, José.

MEXIC. ¿Por qué?

PALMA. “Por qué”, ¿qué?

MEXIC. Tú sabes, tú conoces las palabras mejor que yo... Yo mismo soy un invento tuyo.

PALMA. Exacto, José. Por fin me entiendes. Un invento. Y entiendo yo. Solo un invento, un invento que no me dejaba vivir.

MEXIC. Por mucho que huyamos siempre seremos Palma y José El Mexicano, ¿no? Eso dijiste hace Renata minutos...

PALMA. Pero ahora me separa de ti el mar, no el marinero.

MEXIC. Palma...

PALMA. No, José... No tiene sentido. Cuando vuelves se muere esta historia, como *La bella durmiente*... ¿Sabes...? El momento en que el príncipe azul aparece y la despierta... ¿Me sigues...? Se jode, José, creo que se jode lo único hermoso del cuento. No hay que volver, ahora es que entiendo por qué no hay que volver.

El mexicano la va a seguir y Santizo lo detiene. Va hacia el otro extremo del escenario y Sergio lo detiene. Decide escapar por el público.

VIII-Muerte del Violinista, según Santizo

Escena 26: Monólogo de Santizo

SANTIZO. Sergio no quiso que yo tuviera un monólogo sobre la muerte del Violinista. No le dio la gana. Me dijo que eso era “inverosímil”. Exacto, “inverosímil”. Y “descerebrado”, también me ofendió. Cada vez que a él no le gusta algo o quiere hacer lo que le da la gana, utiliza esa palabrita conmigo: inverosímil. Yo sé perfectamente lo que significa, pero aquí entre nos, me parece que quien no la entiende es él. Si fuera inverosímil mi monólogo sobre el Violinista, ¿entonces qué demonios hago yo aquí, ahora, en este momento, frente a ustedes, diciendo esto que estoy diciendo? Pero Palma en el teatro pertenece a la jerarquía de los que no se gobiernan. En fin... Sergio no puede enterarse de que yo hice esto, ¿de acuerdo? Si se entera, será por boca de algPalma de ustedes. *(Tiempo.)* Yo no estuve aquella vez, ese día, en aquel momento. A mí no me tocaron tiempos como esos, canciones así, actores como aquellos. Esa carne solo la he probado en forma de madrigal. ¿Me explico? Pero el Violinista soy yo. El Violinista es esto que ven. Un hombre abrazado al estuche (como de piedra) de un violín. Así lo veo yo. O de piedra es el abrazo, quién sabe. Piensen, piensen, saquen esa cuenta, *si no fuera él ese muchacho, ¿entonces cómo es posible que haya dicho frente nosotros “Yo soy el Violinista”?* ¿Cómo es posible que supiera tanto de sí mismo y de

los demás? ¿Qué bien le hace a alguien comentar que lo botaron de la Universidad “como a un papel” el día en que marchó inocentemente fumao hasta la fragua martiana? ¿De qué le sirve a alguien confesar que se escondió en un teatro huyendo de la policía y que al final de la redada ya era actor en una obra de Carlos Felipe? ¿Cómo es posible, cómo, decir que usaba el corazón por fuera porque era de atrezo el corazón, y tener la desfachatez de desmoronarlo frente a nosotros? Él, tiene que ser él, no cabe duda; no bastaría con ser un buen actor para morir de esa manera. Es inverosímil que él, siendo él, diga que no estuvo allí aquella vez, ese día, en aquel momento. (Tiempo.) Mi monólogo hubiera funcionado perfectamente, perfectamente. En un momento como este, tirar por tierra toda esa retórica barata. Un punto de giro de ese tamaño y telón. ¿Se imaginan? Pero lo que importaba aquí no era la verdad del Violinista sino la mentira de Palma. Por eso no hubo cabida para mi monólogo. Ni la habrá. Sergio me planchó diciéndome: “no puedes caer muerto aquí y estar vivo a la media hora, por lo menos no en el teatro”. Entonces mientras veíamos *La escena de amor*, le dije: “el teatro merece ser un lugar diferente”. Eso me lo saqué de adentro. Él se limitó a chistar y me dio la espalda. (Tiempo.) De aquellas cuartillas que escribí para mí monólogo, mi monólogo sobre mí, sobre mi vida, sobre lo que soy, sobre esto que ven aquí, solo resistió la idea de un corazoncito de atrezo. Tiene un alfiler y podía engancharmelo al pecho cuando quisiera, tipo medalla conmemorativa. (Se lo engancha.) La verdad de la mentira... La mentira de la verdad. Por cierto, *Maneras de usar el corazón por fuera*, ¿eso no les suena un poco maricón? A mí también. “¿Y si llega... después?” Se pregunta el Violinista en *El chino* de Carlos Felipe antes de suicidarse, ¿recuerdan ese momento? El puñal sobre la mesa, la vista clavada en el arma... “¿Y si llega... después?” (Desengancha el corazoncito.) Pensarán ustedes, ¿pero qué rayos tiene que ver una cosa con la otra?, si por fin él es él, entonces ¿cuál

es su punto de vista de los hechos?, ¿por qué no se mata o dice cómo murió? (Sostiene el corazoncito en un puño.) No sin la afección correspondiente, lo apurruño hasta hacerlo pedacitos, y pedacitos a cada Palma de los pedacitos. *(Lo rompe.)* ¿Y si no hay vida después de la muerte? ¿Y si el teatro no está en el teatro? ¿Y si el amor de su vida llegaba después? Quizás, después de todo, usar el corazón por fuera sea una manera visceral de sobrevivir.

Cuadro IX. El precio de la paga.

Escena 28: Dos y Alameda.

SANTIZO. Bueno, vamos recogiendo que esto ya se acabó.

ALAMEDA. ¿Tú estás seguro?

SANTIZO. Niña, ¿tú no leíste El Chino de Carlos Felipe?

ALAMEDA. Un poco... Los parlamentos que me tocaban. ¿Y esa cara?

SANTIZO. Es que, en el fondo, lo de humillar a ese infeliz... Me da un poco de pena con el pobre muchacho.

ALAMEDA. ¿“Pobre muchacho” ese escoria?

SANTIZO. Lo martirizaron y bien, chica. Y nadie tiene derecho a hacerle eso con nadie, ¿entiendes?

ALAMEDA. Martirizar, nada. Le pagaron y bien. Mucho mejor que a ti y a mí. ¡Ojalá yo fuera hombre y me llamara José! Que va, ella no puede estar bien de la cabeza. Estas cosas que se le ocurren no son de gente normal.

ALAMEDA. Pues dale gracias a Dios, que todavía hay gente a la que se le ocurren cosas así, porque si no, nos morimos de hambre.

ALAMEDA. Te morirás tú, porque mientras yo tenga una raja entre las piernas, de hambre no me muero.

SANTIZO. Puerca, decir “raja entre las piernas” después de una canción tan bonita.

ALAMEDA. Porque vienen de allá afuera se toman el derecho de tratarte como si ellos fueran próceres de la independencia norteamericana. Tan comemierda ese José. Este y aquel. Y el José que venga, porque según ella, la cosa sigue, ¿sabes?

SANTIZO. Pues alégrate, porque como pinta el panorama, vamos a tener que comernos los trozos de techo a medida que se vaya cayendo. Y ahorrarlos, que es lo más preocupante. Tienes tu sueldo como custodio. Eso cuenta.

ALAMEDA. Con lo que me pagan no me alcanza ni para empezar el mes. Ni con el aumento.

Entra Sergio. Escena 29: Sergio, Alameda y Santizo.

SERGIO. ¿Algún problema?

ALAMEDA. Ninguno. Esta vieja que se ha puesto un poco nostálgica.

SERGIO. Me imagino. Es que esa canción... No tiene nada y lo tiene todo, ¿verdad?

ALAMEDA. Así mismo.

SERGIO. ¿Qué les pareció?

ALAMEDA. Divertidísimo, la verdad.

SERGIO. Qué bueno.

SANTIZO. Yo lo que extraño es el público. Sería tan bueno hacerlo alguna vez con público.

ALAMEDA. Pues a mí me gusta esto de que seamos el público de nosotros mismos. Hay algunos aquí que no se atreverían, que no podrían de ninguna manera...

SANTIZO. ¿Por qué no?

SERGIO. Aquí tienen la paga, “los honorarios”. No es mucho, pero es más de lo que pueden ganar en un año.

ALAMEDA. Así mismo es. Muchas gracias.

SERGIO. Gracias a ustedes, que lo hicieron tan bien como siempre, como si estuvieran allí.

SANTIZO. ¿Y la doña?

ALAMEDA. La doña y la dueña.

SERGIO. Cambiándose. En un rato regresa a la Florida, y ya está un poco retrasada.

SANTIZO. Despídenos de ella, Sergio.

SERGIO. Lo haré.

SANTIZO. Siempre es tan buena verla, oír sus cuentos... Recordar. Es verdad lo que dice el viejo Jorge Luis, que el pasado vuelve como una ola.

ALAMEDA. ¿Jorge Luis? Esa no fue Rocío Jurado. ¡Cómo una ola!". ¿Te gusta el pasado?

SANTIZO. Gústeme o no, qué importa. Nosotros no tenemos otro tiempo. Nadie lo tiene.

Cuadro X. Monólogo del corazón roto.

Escena 30: Palma.

13. Décimo tercer pie de música. *Pensamiento en cajita de música mientras*

Palma entre y se coloca. Se va en fade cuando comienza a hablar.

PALMA. No conocí La Habana cuando llegué. No la reconocí. Como te lo cuento. Fue como si nunca hubiera estado en ella. Dentro de ella. En sus parajes más remotos. Como si no perteneciera a ninguna de ellos, a ninguna de sus páginas, como si jamás hubiera pertenecido a lo más íntimo de la ciudad... Como si en noches de farra no hubiera meado nunca en cualquiera de sus esquinas. Como si nunca me hubiera sentado en la escalinata de la Universidad a que el solecito de las nueve me ayudara a pasar el vule. Como si fuera mentira, mentira, que alguna vez existió el mismísimo Carlos Felipe, la posada de El Chino, o que un muchacho loco de amor usara el corazón por

fuera. Había una vez una Habana, un personaje, una obra de Carlos Felipe... ¿Sabes a qué me refiero...? Exacto. ¡¿Y que algo así me pase a mí, precisamente a mí...?!

(Tiempo) Como es normal en estos casos, intenté desandar un poco, ¿sabes?, pero por gusto. Por gusto. Sus calles ya no son calles, o no conducen a los mismos lugares o los lugares ya no existen... Son otras direcciones, otros los nombres... El aire lo sopla una boca diferente. ¿Sabes a qué sensación me refiero...? Esa misma. Yo lo ignoraba todo, totalmente, por Dios lo juro. Si no jamás hubiera vuelto. ¡Jamás hubiera pisado esta hojarasca! *(Tiempo)* Acabaron con todo. Con todo. No quedan ni restos de civilización.

Es la verdad, la más dura verdad. *(Tiempo)* Una pasa años inventándose un teatrillo, imaginándolo, soñando con la escena a la que pertenece. La memorable escena de la que eres parte, por la que vives, por la que has trabajado. El personaje bien hecho. El gran José El Mexicano. Una despilfarra todo lo que ha ahorrado en años, en años. Lo apuestas todo, todo, el último centavo, hasta lo que no tienes, y luego nada es como te lo has inventado, como te lo has imaginado, como te lo soñaste. No es ese el José El Mexicano por el que regresaste, ni memorable la escena que has diseñado para los dos. Y no estoy llorando miseria, quiero que se me entienda, yo soy quien lo suda, quien lo padece, yo lo gasto en lo que me da la gana. *(Tiempo)* En fin... Barran un poco, organicen lo mejor que puedan. ¿Para qué seguir martirizándolos? Se hizo lo que se pudo, y un poquito más, lo reconozco. Hubo momentos en que estuve allí, en que en verdad estaba sucediendo *El Chino*... Tampoco puedo aspirar a que se levanten los muertos y rompan los muros... Pero, ¿“tampoco”? ¿Por qué? *(Tiempo)* Solo me queda esa mezcla de rabia y desconsuelo de saber que en el fondo está muerto, de que tal vez se murió cuando quiso y como quiso, de no haberlo enfrentado en vida, de no haberlo hecho pagar por su mentira, por todos estos años de dolor, por la miseria, por el silencio al que nos sometió, por la ausencia a la que me vi confinada, por cortarle estrellas a La

Habana. Haberle agarrado la cabeza entre mis manos, enterrarle un poco las uñas en el cráneo, mirarlo a los ojos y decirle: José El Mexicano de mierda, me rompiste el corazón en mil pedazos.

Cuadro XI. ¿Cómo ser José El Mexicano? (Manual mínimo del personaje)

Escena 32. José El Mexicano.

MEXIC. A ver, a ver, como te explico. Regálame un caramelo, compadre. Tengo la boca amarga. Gracias. *(Tiempo)* A ver... Estás en la calle, en tu vida, en tu giro, en lo tuyo. ¿Estamos? De pronto aparece un tipo. Un tipo como ese y te dice: Buenas tardes, tengo un negocio para usted. Y tú le preguntas, así, con mala leche: ¿Qué negocio? Le preguntas con mala leche porque le ves la pinta al kilómetro, ¿entiendes? Es un yegua al kilómetro. Tranquilo, te dice el tipo: Lo único que tienes que hacer es aprenderte más o menos de memoria unas cosas, decir que te llamas José y que te dicen El Mexicano. José El Mexicano. ¿Estamos? “Casualmente” tú te llamas José y te dicen El Mexicano. *(Tiempo)* Sí, porque de mil gentes que hay en la calle, hay quinientos José, y de esos quinientos José, hay doscientos cincuenta alias El Mexicano. ¿Me sigues? Ok. Ciento veinticinco son de México (México el de verdad o México de Santa Clara, da igual). Sesenta y siete tienen un ancla tatuada en el brazo. De esos sesenta y siete, hay treinta y Alameda que estuvieron presos. Dieciséis en una cárcel de Isla de Pinos o de la Juventud, como te salga de los huevos llamarla. De los dieciséis, ocho cumplieron condena por hurto y sacrificio de ganado mayor: un manatí. Cuatro conocieron a Lila y a Rey. De los esos cuatro, dos tienen vínculos marítimos con el mar: él, por salidas ilegales del país, y yo, por el giro de la langosta y otros mariscos afines. Pero entre ese otro tipo y tú, tú, solo tú, estuviste enredado con una tipa llamada Palma. ¡¿Palma?! ¡Únicamente alguien que sea José El Mexicano puede toparse en la vida con alguien que se llame o apellide Palma! Te quedas frío, pero es real. Eres José El Mexicano, te dice el

tipo. Y tú le dices, no jodas, cómo yo, José El Mexicano, voy a ser el José El Mexicano... Está escrito, te machaca el tipo... Y de verdad que está escrito, compadre, en un libro que se llama *El Chino*, de un tal Carlos Felipe. Entonces tú eres José El Mexicano. No hay dudas. (*Tiempo*) Parece mentira, ¿no? Parece brujería, ¿verdad? Pues esa es la verdad, la verdad pura y dura. No hay magia. Es que, en el fondo cualquiera, cualquierita es José El Mexicano. Pero en el fondo cualquierita – cualquierita, tan cualquierita no es José El Mexicano. Cualquierita – cualquierita no, porque yo nos soy cualquierita. ¿Estamos? (*Tiempo*) Lo jodío que tiene que tú seas tú, es que piensas que te sacaste la lotería, que Dios se asomó a la ventana, te vio rompiéndote la cabeza, y te mandó su aché. Pero no, mi hermano, no. La lotería no te la sacaste jamás. Dios se asomó a la ventana, pero no te vio metiendo la cabeza, memorizando un montón de páginas de una obra de teatro para nada. Porque al final cuando piensas que tienes el peje enganchado al anzuelo, se suelta. Te quedas así, con aquel montón de palabras nuevas en la cabeza que no sabes qué vas a hacer con ellas, porque para colmo no tuviste ni que usarlas porque no te lo permitieron. Y están ahí, dándote vueltas y más vueltas dentro de la cabeza, queriendo salir de alguna forma, como la purulencia de una ñaña. (*Tiempo*) Al final, todo el mundo se sale del libreto y tú te quedas dentro. Tú eres el único comemierda que de verdad de verdad ya no puede ser ni hacer otra cosa. José El Mexicano ya no es José El Mexicano, sino que ahora es José El Mexicano. ¿Entiendes? Y me extraño, bróder, extraño a José El Mexicano un montón. Yo no era esto y me convirtieron en un personaje. Por eso no me pagaron un quilo, y no va. Yo no quiero ser un personaje, no tengo tabla para eso. ¿Cómo pasó? ¿Cuándo pasó? No sé, yo estaba en la calle, en mi giro, en lo mío. Apareció un tipo como ese y me dijo: Buenas tardes, tengo un negocio para usted. ¿Qué negocio? Le pregunté con mala leche porque se le veía la pinta a un kilómetro. Tranquilo, lo único que tienes que hacer es aprenderte

unas cosas de memoria, decir que te llamas José, y que te dicen El Mexicano. José El Mexicano. “Casualmente” yo me llamaba José y me decían El Mexicano.

Cuadro XII. La verdadera culpa de José El Mexicano.

Escena 33: Sergio, José El Mexicano

SERGIO. José... José...

MEXIC. ¿Dónde está?

SERGIO. Tenga su dinerito. No es mucho, pero es más que el que cualquier persona gana en este país en seis meses de trabajo.

MEXIC. ¿Dónde está?

SERGIO. Permítame felicitarlo, ha hecho usted un excelente trabajo esta noche. Podría, perfectamente dedicarse a la actuación. Parecer enamorado en escena es lo más difícil. Si le interesa trabajar como actor, yo podría...

MEXIC. No soy un personaje y no quiero ser un personaje.

SERGIO. Usted sabrá.

MEXIC. ¿Dónde está?

SERGIO. También está muy contenta con su trabajo.

MEXIC. ¿Pero dónde está ahora?

SERGIO. Terminando de arreglarse.

MEXIC. ¿Arreglarse dijo...?

SERGIO. Sí, ¿qué tiene de extraño...? Acabó la representación, el “juego”, ya no tiene por qué seguir luciendo trapos feos.

MEXIC. Necesito hablar de algo con ella. Cosa rápida, no voy a robarle mucho tiempo.

SERGIO. Creo que eso no va a poder ser, José. Dentro de muy poco toma su vuelo de regreso y son muchos detalles a tener en cuenta.

- MEXIC.** Ve y dile que todavía estoy aquí y que quiero hablar con ella. Ve, eso la hará mojarse otra vez.
- SERGIO.** Por qué usted no se marcha ya, ¿eh?
- MEXIC.** ¿Molesto? ¿Es mi olor a marisco? Hace un rato no les importaba.
- SERGIO.** Ni nos importa ahora. Solo que aquí ya usted no tiene más nada que hacer.
- MEXIC.** Quiero hablar con ella.
- SERGIO.** Váyase; después, con la cabeza más fresca, lo entenderá todo mejor.
- MEXIC.** No tengo fuerzas, mi socio. Esa puta me dejó en el piso. Estoy frito.
- SERGIO.** ¿Qué puedo hacer por usted?
- MEXIC.** Una pregunta, respóndame una pregunta entonces, tú y el otro son patos, ¿eh?
- SERGIO.** ¿Quién es el “otro”?
- MEXIC.** Ese mismo, el que hizo de Violinista.
- SERGIO.** ¿“Patos”?
- MEXIC.** ¿Patos, patos, yegüitas, maricones...?
- SERGIO.** Bueno, bueno, pero eso no viene al caso.
- MEXIC.** Estoy tratando de explicarme cosas, ¿me entiende?
- SERGIO.** Aquí todo está más claro que el agua.
- MEXIC.** Todo no. Casi nada. Nada. Otra cosa, ese chino... El chino vestido de rojo, El Chino, ¿es chivato? ¿Es comunista?
- SERGIO.** No, no. Viste de rojo porque en su tiempo fue una especie de Emperador del morbo y la mala vida.
- MEXIC.** ¿Y aquellas dos qué significan?
- SERGIO.** Sus voces. Significan incomparables. Vinieron a cantar. Ya sabe por qué.

SERGIO. Yo no sé mucho. La más tosca de las dos...

SERGIO. ¿Sí?

MEXIC. No es hembra con marido e hijos... No te me hagas el bobo...

SERGIO. Es un viejo amor su amor. Es el principio del tentempié de los amores imposibles de Damas y Desamparados. Alameda – Nena, Nena – El Chino, El Chino – Renata... ¿Comprendes?

MEXIC. Y Renata, Renata La Silenciosa. ¿Qué hay con ella?

SERGIO. Es una mujer enferma, muy enferma. La pobre...

MEXIC. ¿Está loca?

SERGIO. Tiene algo ahí, “ahí”. Eso, por supuesto, la ha llevado al silencio. No creo que locura, solo que el silencio es su idioma, tanto así que cuando habla parece desquiciada.

MEXIC. Y dime una última cosa, compadre, ¿quién coño es Palma?

SERGIO. Digamos que una obsesión, una vieja deuda con la vida, pero de esas que no se saldan nunca.

MEXIC. Bueno, bueno, ¿pero está loca? ¿También tiene algo “ahí”? ¿Por qué no se deja ver? ¿Por qué no abre las piernas?

SERGIO. Exactamente qué quiere saber, José.

MEXIC. ¿Yo? ¿Exactamente...? Quiero saber de mí. Quiero saber quién soy.

SERGIO. Descúbrase en otro momento. Haga teatro, por ejemplo, el teatro es buena práctica. Ya le dije que puedo ayudarlo. Pero ahora márchese, hemos terminado.

MEXIC. Hasta que no la vea no me voy. Y, ¡ay, de quién intente sacarme! ¿Me oíste?

SERGIO. Ese no es el punto.

MEXIC. No, el punto es que ustedes no están locos como yo pensaba, sino podridos. ¡Podridos! Más podridos que yo y que La Habana y que este país completo. ¡Más podridos! Meten el dedo hasta que consiguen el vómito... Me han hecho vomitar como una tiñosa... Como una tiñosa sobre sus hijos.

SERGIO. Está dando un escándalo, señor.

MEXIC. ¡Y qué! ¡Y qué! ¿Dónde está esa puta? ¿Qué me miran? ¿Qué me miras hermafrodita? ¿Y tú? ¿Y tú? (*Adelanta Palmas pasos hacia El Chino*) No te conozco, nunca en mi puta vida te he visto, pero conozco a los de tu calaña.

SERGIO. Cállese, por favor...

Entra El Chino. Escena 34: Sergio, José El Mexicano y El Chino

EL CHINO. No hurgues ahí, “José El Mexicano”. Mejor vete, vete y nunca vuelvas. ¡Corre!

MEXIC. Me molestas, chino, no sé por qué, pero me molestas. Me molesta esa rata que tienes a punto de salirse de la cara.

EL CHINO. Soy pacífico. A mí solo me importa el dinero, no José El Mexicano, pero conozco muy bien a los tipos de tu calaña.

MEXIC. La calaña de los cojones que ti no te nacieron.

Entran Dos y Alameda.

Escena 35: Sergio, José El Mexicano, El Chino, Renata, Dos, Alameda y Santizo.

DOS. No andes ahí, muchacho.

SERGIO. Por favor, José, ese hombre es un viejo.

MEXIC. No, es una estatua, un adorno chino.

DOS. ¡No sigas revolviendo más, por Dios!

ALAMEDA. Y tú no hurgues, mujer. Déjalos, tú tienes tu vida hecha. A ti qué te importa.

MEXIC. *(Agarra a El Chino por el cuello)* Es solo el pellejo abandonado de un animal venenoso. Nada más que eso.

RENATA. *(Con el mismo cuchillito en la mano)* ¡Suéltalo! Suéltalo, o voy a encontrar tu corazón donde quiera que lo tengas. ¡Suéltalo ya!

José El Mexicano libera a El Chino

EL CHINO. José El Mexicano...

SERGIO. Suelta ese cuchillo, mujer, por Dios santo.

RENATA. *(A Sergio)* O tu corazón.

DOS. Mírame, hermanita.

RENATA. *(A El Chino)* O el corazón de esa canción facinerosa.

ALAMEDA. *(A El Chino)* No te le acerques.

EL CHINO. El corazón que quieres no es ninguno de esos. Piensa, piensa en el corazón que buscas... Huélelo, óyelo...

SERGIO. Cállate. No la cuquees más.

EL CHINO. Záfate come corazones...

DOS. *(A El Chino)* No, no sigas, mi amor; te lo suplico, no hagas eso otra vez.

RENATA. ¡Mi silencio por su corazón!

DOS. Apriétate, hermanita.

ALAMEDA. *(A El Chino)* Cúbrete el pecho. Sal de ahí boba.

EL CHINO. Záfate, záfate como corazones.

RENATA. ¡Palma! ¡Palma!

EL CHINO. ¡Palma corazón de palo!

RENATA. ¡Palma! ¡Palma!

SERGIO. Avisa, Santizo. ¡Corre! ¡La policía, la policía!

RENATA. ¡Nunca, nunca!

Renata apuñala en el pecho a Santizo.

14. Décimo cuarto pie de música. *Pensamiento* en cajita de música cuando Renata apuñala a Santizo. La música termina cuando *Santizo cae muerto*.

RENATA. Nunca, nunca...

Tiempo. Renata se arrodilla junto al cuerpo y le acaricia el pelo.

EL CHINO. Ven, ven. No jurgues más en su cabeza, tú mejor que nadie sabes lo que tiene dentro. Ven, estás fría. Te voy a tirar una manta sobre las piernas.

El Chino y Renata salen.

Escena 36: Sergio, José El Mexicano, Dos y Alameda.

DOS. Era un hombre tierno como un niño. ¿No es verdad? Lástima que fuera maricón.

ALAMEDA. Cálmate.

DOS. ¡Qué cosa, ¿no?!

ALAMEDA. Hay que dar las voces.

DOS. Y parece dormido. No sé por qué la muerte me sigue recordando a un sueño profundo.

MEXIC. *(A Sergio)* ¿Está muerto? ¿Santizo está muerto? ¡Habla maricón! ¡Habla! ¿Está muerto de verdad?

ALAMEDA. Santizo, Santizo...

Dos voltea a Santizo con la punta del zapato y cae el cuchillo.

ALAMEDA. Está muerto.

DOS. ¿No hay nada que podamos devolverle a ese muchacho?

ALAMEDA. No.

DOS. ¿Ni al Violinista?

ALAMEDA. Nada.

MEXIC. ¡Llamen a la policía! ¡¿Por qué nadie llama a la policía?!

SERGIO. ¡Asesino! ¡Asesino!

MEXIC. ¿Yo? ¿Asesino yo?

Entra Palma. Escena 37: Sergio, José El Mexicano, Dos, Alameda y Palma.

PALMA. ¡Basta!

SERGIO. Ahí está.

PALMA. ¡Dios!

SERGIO. Muerto... Santizo está muerto. Mataron al Violinista.

MEXIC. Fue Renata La Silenciosa, fue esa loca. Eso lo vivió hasta el gato.

SERGIO. ¡Asesino! ¡Asesino!

MEXIC. ¿“Asesino”? ¡Ese hombre está loco! Yo no he matado a nadie. Yo no mataría ni una mosca.

PALMA. Cállate, José.

MEXIC. ¿Que me calle? ¿No oyes lo que ese pájaro está diciendo?

SERGIO. *(Golpea a José El Mexicano en los brazos, en el pecho.)* ¡Asesino!
¡Asesino!

ALAMEDA. De traje oscuro.

DOS. No, de blanco. Algo ligero, hilo, por ejemplo.

SERGIO. *(Abrazado al cuerpo de Santizo)* Asesino, asesino...

MEXIC. ¿Lo oyes, lo oyes?

PALMA. Sí.

MEXIC. ¿Y entonces, mi amor? ¿Entonces?

ALAMEDA. Un azulito pálido sobre los ojos...

DOS. No, mejor malva claro.

PALMA. Da las voces, José.

ALAMEDA. Y los labios pintárselos de rosa.

DOS. Rosa, me gusta.

MEXIC. ¡La policía! ¡La policía! (*Grita por la ventana*) ¡Un muerto! ¡Un muerto!

SERGIO. Asesino, asesino...

PALMA. (*A Sergio*) Ven, ven... Levántate. Va a llegar la policía, y hay que preservar la escena.

SERGIO. El Violinista, mi Violinista...

MEXIC. Ese cuchillo tenía nombre. Pero luego ese muchacho se interpuso y entonces... Míralo. Esa mujer es un vampiro.

PALMA. ¿Esa mujer...? ¿Qué mujer?

MEXIC. ¿Cómo que “qué mujer”? Esa loca. Ya ha mandado a dos para el lado de allá. Primero al personaje, ahora al actor. No fue un suicidio, nunca fue un suicidio.

PALMA. Lo sé, todos aquí lo sabemos.

MEXIC. ¿Entonces por qué no ha estado todo este tiempo tras la rejas? Y ese hijo de puta amarillo es quien la empuja. La empujó antes y ahora, y la empujará después...

Entra El Chino.

Escena 38: Sergio, José El Mexicano, Dos, Alameda, Palma y El Chino.

PALMA. ¿Tú recuerdas a este hombre?

EL CHINO. No, ya dije que no. No conocí a ningún José El Mexicano.

PALMA. ¿Estás seguro? Recuerda, aquella noche en Damas y Desamparados... La noche aquella en que El Violinista se suicidó...

EL CHINO. No recuerdo nada, y yo tengo memoria de elefante.

MEXIC. No fue suicidio, esa bestia inmundada lo mató. Le partió el corazón en dos pedazos.

EL CHINO. No hurgues más. Vete. Vete de aquí. Vete ahora mismo.

MEXIC. Tú y yo nos veníamos juntos, mi amor, como dos puercos, ¿te acuerdas?

Tú y yo, esperando el Palma por el otro.

PALMA. Recuerdo esa noche como si fuera esta noche, José.

MEXIC. Sí, claro que sí... Nos vinimos como dos puercos. (*A El Chino*) Estás embarcao, socio... Tú y aquella, los dos.

EL CHINO. No jurgues más, comemierda. Vete, vete, vete mientras puedas. ¡Corre!

MEXIC. Y esta noche se va a saber, ¡se va a saber la verdad! Toda la verdad.

PALMA. No, yo pago, yo digo qué verdad se dice y cuál no. Yo elijo la verdad. La verdad es mía y de nadie más. Yo la sudé con mi trabajo. La verdad cuesta sudor y dinero.

MEXIC. ¿Qué verdad? Hay una sola verdad. ¿De qué verdad tú estás hablando?

PALMA. La verdad sobre la muerte de El Violinista.

EL CHINO. ¡Huye! Cuando el dinero habla el amor calla.

MEXIC. ¿Dinero? ¿Pero qué dinero? ¿Esto? ¿Esta mierda...? (*Vacía su paga en el suelo*) ¿A esta limosna tú le llamas dinero? Más ganaba yo de carterista. Te quiero a ti.

PALMA. Ya te lo dije: “Llegas demasiado tarde, ya estoy muerta para el amor”.

MEXIC. Entonces quiero más dinero. Dinero de verdad, no esa miseria. Una pasta con la que pueda comprarme un cuartico aquí en La Habana.

EL CHINO. Cuando habla el dinero, el amor calla.

MEXIC. Lo que tú digas compadre, que hable el amor o que el dinero se calle, me da lo mismo, aquí el que se está muriendo de hambre soy yo.

PALMA. No hay más dinero. Ni un peso más esta noche.

MEXIC. Pues si no hay dinero, tampoco habrá silencio. La policía sabrá más de lo que debe saber. Yo que iba a decir que siempre se trató de un suicidio.

PALMA. Pero nunca fue un suicidio.

EL CHINO. Estúpido, hurgaste demasiado. Ahí, ahí...

MEXIC. ¿Y qué? ¿Y qué? Ya basta de descaro.

PALMA. Un momento. Un momento. ¿Por qué tú crees que ha matado?

MEXIC. Porque es una asesina nata.

PALMA. Sí, ¿pero por qué?

MEXIC. ¿Qué quieres que te diga, que mató por el “amor” de El Violinista? No me jodas...

PALMA. Exactamente.

MEXIC. Está bien, pero mató. Es una vampira.

PALMA. ¿Pero por qué mató al Violinista?

MEXIC. ¿“Por qué”? ¿Por qué El Violinista te amaba a ti?

PALMA. Exacto. ¿Y no amaba yo a José El Mexicano?

MEXIC. ¿Y eso que tiene de importante?

PALMA. Que son tus reglas, José. Es lo único importante que importa. Son tus reglas.

MEXIC. ¿Mis reglas?

PALMA. La reglas del amor de José El Mexicano. Las reglas de un amor imposible, que en un momento como este se muerde la cola y cruje. Ahí está, ven, míralo. *(Toma de la mano a José El Mexicano y lo ubica frente al cadáver.)* Era un hombre joven.

MEXIC. Un momento, un momento. Yo no he matado a nadie. Una vez maté a un manatí, pero a una persona, nunca. Aquí todo el mundo sabe que yo... ¿Pero qué regla ni qué carajo?!

PALMA. Explícaselo a la policía, José.

Palma deja a José El Mexicano junto al cadáver.

SERGIO. ¡Asesino!

ALAMEDA. ¿Yo? (*Transición*) ¡Un muerto! ¡La policía! ¡La policía!

MEXIC. (*Se arrodilla ante Palma*) Por el amor que un día fue... Yo no maté a El Violinista... Yo nunca he matado a nadie... Yo no maté.

PALMA. Explícaselo a la policía.

DOS Y ALAMEDA. ¡Policía! ¡Policía! ¡Un muerto! ¡Un muerto!

José El Mexicano salta por encima del cadáver y escapa. Los actores hablan de lo bien que ha terminado la huida del mexicano. Todos empiezan la retirada.

15. Décimo quinto pie de música. Pensamiento en cajita de música cuando

Santizo se levanta y le entrega el violín a Sergio.

Cuadro XIII. Muerte de Santizo, según Sergio.

Escena 39: Monólogo de Sergio.

Yo conocí a Santizo en el teatro. Prácticamente vivo en el teatro, mi vida transcurre allí. Todo lo que sé y supongo viene de El Chino paredes oscuras y un lunetario pequeño. Mi familia son los actores... Gente que se respira. No es raro entonces que el amor me sorprendiera “entre candilejas”. Por aquel entonces yo estaba montando *El Chino*, la obra maestra de Carlos Felipe y necesitaba un actor que interpretara al El Violinista. Santizo no era actor profesional, sino más bien un personaje. Sí, un personaje. Y tal vez era eso lo que yo estaba necesitando, no una cosa engolada y hecha, sino un pedazo real de la realidad. Él lo tenía todo, el físico, la melancolía, una violencia ahogada no sé por qué, nunca lo supe... Un mundo oscuro, desconocido y grande... Suerte de Hamlet de los bares y las esquinas, ¿verdad? Eso es El Violinista. Eso era lo que yo quería: La Verdad. Pues una tarde me esperó y me pidió trabajo; yo no le dije ni que sí, ni que no, pero comenzó a asistir a los ensayos porque a él le dio la gana. Un día le dije: “súbete”,

y desde entonces me enamoré de él; terminamos besándonos al final del ensayo. Delante de la Renata y de la Palma, de José El Mexicano, de El Chino cabrón, y del mismísimo Carlos Felipe. Extraordinario actor, Santizo. Para mí, lo mejor de su generación. Por mi boca nunca lo supo, nunca. *(Tiempo)* Estudió algunos años en la Universidad de La Habana, pero lo sorprendieron fumando marihuana y perdió la carrera; entonces lo lanzaron sin reconciliación a la mala vida. No le importó. El teatro lo reconcilió de algún modo con la vida. Yo detrás de eso, claro. Reconciliación, eso es lo que mata a este país, por eso el producto interno bruto no crece. Así de sencillo. *(Tiempo)* Ustedes los vieron morir, a qué más puede aspirar una representación que a la muerte de la vida misma. ¡A qué más! Primero el personaje, luego el interpretante. Primero El Violinista, luego Santizo... Como árbol estupendo que un trueno parte a la mitad. Ustedes lo vieron morir. Morir delante de mis propios ojos. Apenas una cortadita, apenas una mierdita así... Como si usara el corazón por fuera. En el fondo de mi dolor sé que es lo que hubiera preferido cien veces: morir bajo el pellejo de Su personaje. Delante de mis ojos, delante de los ojos de ustedes. *(Tiempo)* Hace un rato mientras veía la escena de amor entre Palma y José El Mexicano, me comentaba: “el teatro merece ser un lugar diferente”. Lo mandé a callar entonces. Ahora lo toco y comprendo. Lo demás es retórica *(Tiempo)* Eso es todo. No tengo más que decir. La policía si no ha llegado ya no va a llegar nunca. Hay que alistar el cuerpo. Comenzará a descomponerse en cualquier momento. O a componerse de repulsión y amor, al paso descabellado del tren y los violines. *(Tiempo)* Perdón, perdón, ya no sé de quién estoy hablando... Ya no sé qué amé sobre ese cuerpo, ni a quién... Perdón, perdón... *(Tiempo. A Dos y Alameda)* ¿Qué es lo que ustedes proponían? ¿Qué debemos hacer primero...?

Cuadro XIV. La última escena.

Escena 40: Renata, El Chino, Palma.

Renata se empeña en borrar la mancha de sangre que se ha impregnado en el piso. El Chino se abanica. Palma entra y se detiene frente a El Chino, lleva un maletín de viaje y una cartera.

PALMA. Todavía me voy sin darte un beso. Como aquel que dice, me bajé del taxi, ¿sabes? Hace media hora que debía estar en el aeropuerto. Hay cosas en esta vida que solo hago por ti. Que sigo haciendo por ti.

EL CHINO. Conozco al dedillo *El Chino* de Carlos Felipe. Sabía que la última escena era conmigo, solo conmigo, a solas conmigo. Y aunque esto no es la obra de Carlos Felipe, reconozco que nunca te irías de Cuba sin darme un beso.

Palma le entrega un sobre con dinero a El Chino.

EL CHINO. Buen viaje. Adiosito.

PALMA. ¿Es lo único que me dirás ¿“Adiosito”? Te pagué bien.

EL CHINO. Menos de lo que pensaba, menos de lo que merezco. Mucho menos.

PALMA. Esta vez quisiste matarme. Eso no es correcto, ¿eh? ¿Pensaste en que no me iba a enterar?

EL CHINO. Es mi naturaleza. Nadie debe hurgar ahí. Nadie. Nunca. Y si jurgas...

PALMA. Te conozco. Muerdes la mano que te alimenta. Te conozco como si te hubiera parido.

EL CHINO. Soy viejo y manso, pero con la naturaleza enferma.

PALMA. Lo sé.

EL CHINO. Si lo sabes, ¿entonces para qué hurgar, para qué seguir hurgando?

PALMA. Porque el dinero es mío, lo sudo yo, lo gasto en lo que me da la gana. ¿Te queda claro?

EL CHINO. Sí, sí, eso está claro. Cuando el dinero habla...

PALMA. Y volveré, siempre volveré. No importa que La Habana no esté lista todavía para mí. Tú solo no te mueras, que yo más temprano que tarde, vuelvo. Si no el año próximo, el otro. Pero hasta entonces no te mueras. Aguanta hasta entonces. Aguanta hasta nunca.

Palma le da más dinero a El Chino.

EL CHINO. ¡¿Morirme?! Aquí tendrás Chino pa'rato. Todavía pienso ver morir a unos cuantos cabrones más. Momento. *(Saca del interior de su camisa una agenda pequeña)* Ya tengo varios cotorriones anotados aquí, sepultados aquí, sepultados con tinta china... Y siguen muriendo... Están muriendo todos los moscones, Palma por Palma, Palma todos los días. Los anoto aquí con nombre y apellidos. Horita se acaban. ¡Todos!

PALMA. Así se habla. Resiste.

EL CHINO. Mi paciencia es infinita. Infinita. Y enferma.

Palma se sienta junto a El Chino.

PALMA. Escúchame.

EL CHINO. Ya se lo que me vas a preguntar. El dinero es tuyo, tú lo sudas, tú lo gastas en lo que te da la gana...

PALMA. Tú conversaste con él aquella noche en Damas y Desamparados... Él te pagó buen dinero por mí.

EL CHINO. Yo no recuerdo a ningún José El Mexicano.

PALMA. No, no...Está bien... Olvídate de José El Mexicano...

Escúchame... Empecemos de cero. El dinero, solo recuerda el dinero que alguien te pagó por mí esa noche.

EL CHINO. Cuando el dinero habla, el amor calla.

PALMA. Yo te pagaré el doble... El doble, y eso es muchísimo dinero. Solo recuerda la cantidad... Dejémoslo así... Solo la cantidad... Solo eso... Y las uñas, y las manos, y los brazos, y sube al torso, y piensa en ese rostro que te puso en las manos un billete sobre otro... Escúchame... Hoy no, ahora no... A lo mejor para el año que viene... Tienes que decirme cómo era, dónde está, cómo puedo encontrarlo... *(El Chino va a decir algo, pero no se lo permite)* El doble, te pago el doble.

Palma toma sus maletas.

PALMA. Adiós.

EL CHINO. No pierdas el tiempo, que perderás el avión.

PALMA. Pobre mujer... ¡¿Cuánto me costaría comprar su silencio?!

16. Décimo sexto pie de música. Annie Garcés

FIN

17. Décimo séptimo pie de música. Música de saludo, inmediatamente que comienza el apagón final.